

bien se vé que está desfavorablemente prevenido. Y saludando con la mayor afabilidad: Buen viaje, señora, añadió cerrando la portezuela.—Anda! gritó el conductor.

Y púsose otra vez en marcha la diligencia.

—Oh! dispensad, caballero, gritó madama de Montrevel, vuestro frasquito, vuestro frasquito! — Guardadlo, señora, [dijo Morgan, aun cuando espero que no lo necesitareis.

Pero arrebatándolo el niño de entre las manos de su madre:

—Mamá, la dijo, no quieras conservar recuerdo alguno de un ladrón.

Y arrojó el frasco por la ventanilla.

—Diablo! murmuró Morgan, exhalando el primer suspiro que le habian oido sus compañeros; creo que he obrado muy acertadamente no pidiendo en matrimonio á la pobre Amelia.

Volviéndose despues á sus camaradas:

—Está todo corriente? dijo.—Sí, contestaron todos á una voz.

—Vamos pues, á caballo y en marcha; no olvideis que á las nueve hemos de estar en la ópera.

Y saltando sobre su caballo, atravesó la zanja y la margen del rio, dirigiéndose directamente hácia el barranco señalado sobre el mapa de Casini por el supuesto correo de gabinete. Llegados á la otra parte del barranco:

—Díme, preguntó Lepretre á Morgan, te ha caido la máscara?

—Sí, pero únicamente madama de Montrevel me ha visto el rostro.

—Hum! repuso Lepretre, mejor seria que no lo hubiese visto nadie.

Y poniendo los cuatro los caballos al galope, desaparecieron siguiendo la direccion de Chaurce.

## VI.

### Parte al ciudadano Fouché.

Al dia siguiente, á eso de las once de la mañana, quedó sorprendida madama de Montrevel, al apearse en la *Fonda de embajadores*, encontrando, en lugar de Roland, á un desconocido que la estaba aguardando. Acercándosele este:

—Sois la viuda del general Montrevel, señora? la preguntó.—Sí, caballero, contestó madama de Montrevel bastante admirada.—Creiais encontrar aquí á vuestro hijo?—En efecto, y no acierto á comprender cómo despues de haberme escrito la carta....—El hombre propone y el primer cónsul dispone, repuso riendo el desconocido; el primer cónsul ha dispuesto por algunos dias de vuestro hijo, y me envia aquí á recibirlos en su ausencia.

Madama de Montrevel se inclinó.

— Y á quién tengo el honor de hablar ? preguntó.—Al ciudadano Fauvelet de Bourrienne , su primer secretario, contestó el desconocido.—Tened la bondad de dar en mi nombre las gracias al primer cónsul, asegurándole que siento mucho no poder dárselas yo misma en persona.—Nada mas fácil, señora.—Cómo?—El primer cónsul me ha mandado que os acompañe al Luxemburgo.—A mí?—A vos y al señorito vuestro hijo.—Oh! qué dicha! voy á ver al general Bonaparte, voy á ver al general Bonaparte! exclamaba el niño, saltando y palmoteando de gozo.—Vamos, Eduardo! estáte quieto, dijo madama de Montrevel.

Y volviéndose á Bourrienne :

— Disimuladle, caballero, añadió, es un salvaje de las montañas del Jura.

Bourrienne tendió la mano al niño.

— Soy un amigo de vuestro hermano, le dijo, quereis darme un abrazo?—Con mucho gusto, caballero, contestó Eduardo; vos no sois un ladron.—No, á lo menos así lo creo, repuso riendo el secretario.—Otra vez he de suplicaros le disimuleis, caballero; hemos sido detenidos en la carretera y....—Detenidos!—Sí.—Por ladrones?—No precisamente por ladrones.—Caballero, dijo Eduardo, no es verdad que los que roban dinero son ladrones?—Generalmente se les dá este nombre.—Ah! ya ves, mamá!—Vamos, cállate, Eduardo.

Dirigió Bourrienne su mirada á madama Montrevel, y conociendo por la expresión de su semblante que el objeto de la conversacion la era desagradable, no insistió sobre el particular.

— Señora, me atreveré á recordaros que tengo la orden de acompañaros al Luxemburgo, segun he tenido ya el honor de deciros, añadiendo que allí os aguarda madama Bonaparte.—Caballero, el tiempo preciso para vestirme y arreglar á Eduardo.—Y cuánto tiempo se necesita para esto?—Será de masiado pedirnos media hora?—Oh! no, si os basta media hora, es todo lo que podeis pedir.—Perded cuidado, haré que baste.—Pues bien, señora, dijo el secretario inclinándose, voy á dar una vuelta, y dentro de media hora estaré á vuestras órdenes.—Gracias, caballero.—No extrañeis que sea puntual.—No os haré aguardar.

Bourrienne salió. Madama de Montrevel empezó acto continuo á arreglar á Eduardo, vistiéndose ella despues; y cuando volvió Bourrienne, al cabo de cinco minutos, estaba ya en disposicion de salir.

— Oh! tened cuenta, señora, dijo Bourrienne riendo, que no entere al primer cónsul de vuestra puntualidad.—Y qué podria yo temer en este caso?—Que quisiese conservaros á su lado para dar lecciones de exactitud á madama Bonaparte.—Oh! contestó madama de Montrevel, algo ha de dispensarse á las criollas.—Pero segun creo, vos sois criolla tambien.—Madama Bonaparte, repuso riendo la de Montrevel, ve todos los

dias á su marido, mientras que yo voy á ver por primera vez al primer cónsul.—Vamos! vamos! mamá, dijo Eduardo.

Retiróse el secretario para hacer paso á madama de Montrevel. Un cuarto de hora despues entraban en el Luxemburgo. Bonaparte ocupaba en él el cuarto bajo de la derecha; Josefina tenia su cuarto y tocador en el primer piso, comunicándose ambas habitaciones por una escalerilla interior.

Estaba sin duda advertida, pues al ver á madama de Montrevel, abrióla los brazos como una amiga. Madama de Montrevel detúvose respetuosamente en el umbral de la puerta.

—Oh! entrad, señora, entrad, dijo Josefina; no os conozco de hoy, sino desde que conocí á vuestro digno y excelente Roland. Lo único que me consuela cuando Bonaparte se separa de mí, es que lleva consigo á Roland; me parece que teniéndole á su lado, no puede sucederle desgracia alguna. No quereis pues abrazarme?

Madama de Montrevel se hallaba confusa por tanta bondad.

—Somos compatriotas, no es cierto? prosiguió Josefina. Oh! recuerdo perfectamente á M. de La Clemencie, que tenia un hermoso jardin con exquisitos frutos! Recuerdo tambien haber visto, cuando mi padre siendo yo muy niña me acompañaba á ese jardin para comer alguna fruta, recuerdo haber visto una hermosa jóven que parecia la reina. Os casasteis muy niña!—Catorce años tenia.—Así ha de ser

para tener un hijo de la edad de Roland: quereis pues quedaros en pié?

Dió ella el ejemplo, haciendo señal á madama de Montrevel de que se sentase á su lado.

—Y este gracioso niño, prosiguió señalando á Eduardo, es tambien hijo vuestro? Dios, dijo exhalando un suspiro, ha sido pródigo con vos; y ya que se ha dignado otorgaros todos los que podeis desear, podriais suplicarle me concediese á mí uno.

Y aplicó cariñosamente sus labios en la frente de Eduardo.

—Muy contento estará mi marido de veros, señora. Ama tanto á vuestro hijo! De manera que no os habria recibido en mi cuarto, si no estuviese él ocupado con el ministro de policía. A fe llegais, añadió riendo, en un malísimo momento; está furioso!—Oh! exclamó madama de Montrevel casi asustada siendo así, preferiria aguardar.—No! no! al contrario, vuestra vista le calmará; no sé lo que ocurre: parece que detienen las diligencias en medio del dia y en las mas frecuentadas carreteras, como podria hacerse en el interior de la Selva Negra. No sé lo que será de Fouché, si esto vuelve á repetirse.

Iba á contestar madama de Montrevel, pero en aquel momento abrióse la puerta, y presentándose un ujier:

—El primer cónsul aguarda á madama de Montrevel, dijo.—Id, id, dijo Josefina; el tiempo es tan precioso para Bonaparte, que es casi tan impaciente como Luis XIV que nada tenia que hacer; no le gusta aguardar.

Levantóse madama de Montrevel, disponiéndose á llevar consigo á su hijo.

—No, dijo Josefina, dejadme este hermoso niño; os aguardamos á comer; Bonaparte le verá á las seis, y además si desea verle antes, lo hará llamar; por el momento yo soy su segunda mamá. Veamos, en qué te parece podremos emplear mejor el tiempo, amiguito?—El primer cónsul tendrá armas muy hermosas, no es verdad, señora? dijo el niño.—Sí, muy hermosas. Ven, voy á enseñarte las armas del primer cónsul.

Salió Josefina por una puerta llevando de la mano al niño, y por la otra madama de Montrevel siguiendo al ujier. Al llegar á la puerta, salía del cuarto del primer cónsul un hombre rubio, de rostro pálido y tierna mirada, que fijó en la madre de Roland con una inquietud que parecia serle habitual. Apartóse vivamente madama de Montrevel para dejarle libre el paso, y al ver este movimiento, la dijo el ujier en voz baja:

—Es el prefecto de policía.

Siguióle con la vista madama de Montrevel, á medida que se alejaba, poseida de cierta curiosidad: en aquella época era ya Fouché fatalmente célebre. Abrióse entonces la puerta del gabinete, asomando por la abertura la cabeza de Bonaparte. Al ver á madama de Montrevel:

—Venid, señora, la dijo, venid! Apretó el paso madama de Montrevel y entró en el cuarto. Venid! repitió Bona-

parte cerrando tras ella la puerta: os he hecho aguardar bien contra mi voluntad: estaba tentado de hacer cortar la cabeza á Fouché. No ignorais que estoy muy contento de Roland, y que haré de él el mejor dia un general. A qué hora habeis llegado?—En este mismo instante, general.—De dónde venís? Roland me lo dijo, pero lo he olvidado.—De Bourg.—Por qué camino?—Por el de Champagne.—Por la carretera de Champagne! entonces estariais en Chatillon cuando....—Ayer mañana á las nueve.—En este caso oiriais hablar de la detencion de una diligencia?—General....—Sí, fué detenida una diligencia, á las diez de la mañana, entre Chatillon y Bar-sur-Seine.—Era la nuestra, general.—Cómo la vuestra?—Sí.—Ibais en la diligencia que fué detenida?—Esto es.—Ah! así tendré noticias bien exactas. Dispensadme; pero vos comprendereis mi deseo de informarme minuciosamente, no es verdad? En un país civilizado, que tiene al general Bonaparte por primer magistrado, no se detiene impunemente una diligencia en medio de la carretera y á la luz del dia: deciais pues...—General, todo lo que podré deciros es que los que detuvieron la diligencia iban á caballo, cubierto el rostro con una máscara.—Cuántos eran?—Cuatro.—Cuántos hombres habia en la diligencia?—Cuatro, incluso el conductor.—Y no se defendieron?—No, general.—El parte de la policía dice no obstante que se dispararon dos pistoletazos.—Sí, general; pero estos dos tiros....—Qué?—Fueron disparados por mi hijo.—Vuestro hijo! si vuestro hijo está en la Vendee.—Ro-

land sí; pero Eduardo venia conmigo.—Eduardo! quién es Eduardo?—El hermano de Roland.—Ah! sí, recuerdo que me habló de él; pero es un niño!—No tiene aun doce años, general.—Y fué él quien disparó los dos pistoletazos?—Sí, general.—Por qué no lo habeis llevado con vos?—Aquí está tambien.—Dónde?—Le he dejado con madama Bonaparte.

Sonó el primer cónsul la campanilla, y presentándose un ujier:

—Decid á Josefina que venga con el niño.

Paseándose despues por el cuarto:

—Cuatro hombres! murmuraba, y un niño ha de darles ejemplo de valor! y ha sido herido alguno de los bandidos?

—No habia balas en las pistolas.—Cómo no habia balas?

—No, eran las del conductor, quien habia tenido la precaucion de cargarlas solo con pólvora.—Bueno, procuraremos saber su nombre.

—Abrióse en aquel instante la puerta, presentándose madama Bonaparte llevando de la mano al niño.

—Ven acá, le dijo Bonaparte.

Adelantóse Eduardo con resolucion, haciendo el saludo militar.

Con que eres tú quien hace fuego á los ladrones?—Ves, mamá, como eran ladrones? apresuróse á decir el niño.—Es claro que lo son; quisiera que álguien se atreviese á negarlo! Pero eres tú quien tira pistoletazos á los ladrones, cuando los hombres tienen miedo?—Sí, yo fuí, general; mas por des-

gracia el majadero del conductor habia cargado las pistolas solo con pólvora; á no ser así mato al capitan.—Y no tuviste miedo?—Yo? no, dijo el niño; jamás lo he tenido.—Habeis puesto en el mundo una raza de leones, señora, dijo Bonaparte volviéndose á madama de Montrevel, que se apoyaba en el brazo de Josefina. Dirigiéndose luego al niño: Muy bien, le dijo, abrazándole, nos ocuparemos de tí; qué quieres ser?—Por de pronto, soldado.—Cómo por de pronto?—Sí, mas tarde coronel como mi hermano, y despues general como mi padre.—No será culpa mia si no lo eres, dijo el primer cónsul.—Ni mia tampoco, contestó el niño.—Eduardo! exclamó madama de Montrevel sumamente sofocada.—Eh! no le riñais por haber contestado muy bien.

Tomó Bonaparte al niño en sus brazos, y levantándolo á la altura de su rostro, le dió un beso, abrazándole con efusion.

—Comereis con nosotros, dijo, y esta noche Bourrienne, que ha ido á buscaros á la fonda, os instalará en la calle de la Victoria, donde permaneceris hasta el regreso de Roland, que os buscará una habitacion á su gusto. Eduardo entrará en el colegio, y yo me encargo de buscar un esposo á vuestra hija.—General!—Es cosa convenida con Roland.

Volviéndose despues á Josefina: —Acompaña, la dijo, á madama de Montrevel, y procura que no se fastidie en París. Madama de Montrevel, si vuestra amiga, añadió recalcando esta palabra, quiere llevaros á al-

gun almacén de modas, impedídselo; no podrán faltarla sombreros, puesto que durante el mes anterior ha comprado treinta y ocho.

Y tocando amistosamente con la mano en la mejilla de Eduardo, despidió con un saludo á las dos señoras.

## VII.

### El hijo del molinero de Kerleane.

Hemos dicho que cuando Morgan y sus tres compañeros detenian la diligencia de Ginebra, entre Bar-sur-Seine y Châtillon, entraba á poca diferencia Roland en Nantes.

Para saber el resultado de su mision, mejor que irle siguiendo paso á paso por entre las conferencias, en las que cuidaba el abate Bernier de ocultar sus ambiciosos designios, será salirle al encuentro en Muzillac, situado entre Ambon y el Guerno, dos leguas mas allá del pequeño lago donde va á precipitarse el Vilaine.

Allí nos encontraremos en pleno Morbihan, es decir, en el sitio donde tuvo origen la *Chuaneria*, cerca de Laval, donde se extendieron los descendientes de Pedro Cottereau y de Juan Moyne, los cuatro hermanos *chuanes*. Uno de sus antepasados, leñador misántropo, trabajador moroso, vivia alejado de sus convecinos, del mismo modo que el mochuelo

(*chat-huant*) se aparta de los demás animales. De ahí viene, por corrupcion, el nombre de *Chouan*. Extendióse mas tarde este nombre á todo un partido; en la ribera derecha del Loira se usa la denominacion de *chuanes* para designar á los bretones, así como se aplica en la ribera izquierda el nombre de *brigantes* para designar á los vendeanos.

No entra en nuestro objeto referir la muerte, la destruccion de aquella heroica familia, ni seguir hasta el cadalso á las dos hermanas y al hermano, como ni tampoco en los campos de batalla donde caen muertos ó heridos Juan y Renato, mártires de su fe. Muchos años han trascurrido desde las ejecuciones de Renato y de Pedro, desde la muerte de Juan, y por lo tanto el suplicio de las hermanas y las hazañas de los hermanos no podrian ofrecer mas interés que el de una curiosa leyenda. De sus sucesores pensamos únicamente ocuparnos. Verdad es que seria imposible pasar en silencio su fidelidad á las tradiciones; con el mismo ardor manifestado antes combatiendo á las órdenes de La Rouerie, de Buas-Hardy y Bernardo de Villeneuve, les vemos hoy combatir á las órdenes de Bourmont, Frotte y Jorge Cadoudal; igual es el valor, idéntica la adhesion; son aun los soldados cristianos y los realistas exaltados; en nada ha cambiado su aspecto rudo y salvaje; sus armas son todavía las mismas, el fusil ó un sencillo palo, llamado en el país una *ferte*; tampoco ha cambiado en lo mas mínimo su traje, es decir, el gorro de lana parda ó el sombrero de anchas alas, suficientes apenas